

LA CIUDAD CLÁSICA Y LA NATURALEZA DE LO URBANO.

Arq. Miguel Angel Vigliocco.

La ciudad es tan vieja como el hombre, si bien el antecedente más antiguo actualmente conocido se remonta al año diez mil antes de Cristo. Es cierto que desde entonces al presente, cada cultura ha forjado diferentes tipos de ciudades pero, no obstante las distinciones que podamos hacer, todas ellas guardan rasgos esenciales de una naturaleza común que las identifica y distingue de otras formas de hábitat. Es importante reflexionar sobre dicha naturaleza y el modo en que la misma ha sido plasmada en la ciudad clásica, ya que de ello pueden derivarse criterios concretos de actuación para el presente.

Dicha reflexión, que haremos en lo que sigue, es más urgente hoy día porque en ninguna época la humanidad ha vivido en aglomeraciones urbanas en tan alta proporción como en nuestros días, ninguna ha asistido a un desarrollo y a una multiplicación de las ciudades tan importantes como los que hoy registramos.

Juicios contradictorios sobre la ciudad.

Europa occidental no conoció una gran civilización (en el sentido de cultura urbana) más que en dos momentos de la era cristiana: durante los tres primeros siglos en la cuenca mediterránea y a partir del siglo XIX en todo su territorio, excepto un despertar urbano relativo en los siglos XI a XIII. Durante el resto del tiempo -es decir cerca de doce siglos- el occidente no ha poseído más que un horizonte rural, solamente interrumpido por ciudades aisladas.

En el espíritu de los ciudadanos de la edad media, toda la actividad urbana debía desarrollarse en el interior de sus murallas. Cuando el crecimiento poblacional o los requerimientos de cualquier índole lo hacían necesario, las murallas se corrían incorporando nuevos territorios hasta entonces rurales. Por oposición el campo era el país llano, la tierra descubierta y sujeta a las incursiones invasoras. Para las poblaciones rurales la ciudad aparecía como el abrigo seguro donde se asentaban los órganos del gobierno temporal y espiritual y donde se habían concentrado los espacios adaptados a las actividades de comercio, artesanía, educación, etc. A pesar de estas funciones las ciudades eran pequeñas, permaneciendo aisladas en medio del paisaje rural que era dominante y en el cual vivía la mayor parte de la población.

En el siglo XIX esta situación se modificó de raíz, la aparición de las industrias manufactureras, la concentración fabril, el desarrollo de nuevos medios de

transporte y comunicación, fueron el origen material del cambio. Desde entonces, el fenómeno de la urbanización, no ha cesado de acentuarse y generalizarse. Las ciudades siguen multiplicándose y creciendo. Las zonas más pobres, como África, Asia e Iberoamérica, han conocido auténticas explosiones urbanas, evidenciando que este proceso no es exclusivo de los países centrales.

Nuestras grandes metrópolis (Gran Buenos Aires, Gran Rosario, etc.) sufren problemas de alta concentración, con el agravante de circunstancias que complican su situación, tales como la proliferación de tugurios, la existencia de extensas áreas obsoletas y carencia de servicios básicos. Gran parte de los pobladores tienen un origen urbano bastante reciente.; el crecimiento de las ciudades fundacionales se hizo lento y vacilante en la mayor parte de nuestro territorio, apareciendo el fenómeno de la urbanización recién en el presente siglo.

En este contexto, la relación campo-ciudad se ha invertido y la ciudad ejerce su influencia sobre el territorio imponiendo una peculiar concepción de vida a todo el espacio habitado. De simple foco aislado en medio de un paisaje preponderantemente rural, la ciudad pasa a ser el hábitat dominante, extendiéndose sin limitaciones sobre los campos y cubriendo la visual hasta el horizonte. Asimismo, tiende a urbanizar la totalidad del territorio ya que en las instituciones y empresas en ella localizadas se toman las decisiones que afectan al país en su conjunto. Los medios de comunicación, la popularización de la radiotelefonía y de la televisión se han encargado de difundir, aún entre las comunidades más aisladas, comportamientos derivados de valores de la gran ciudad, uniformando actitudes y desplazando tradiciones y entrañables estilos de vida.

Esta situación ha motivado valoraciones contradictorias sobre la ciudad al momento de emitir juicios sobre su significado. Por ejemplo, Juan Jacobo Rousseau opinaba que: *las ciudades son el hondo abismo donde se hunde el espíritu humano*.¹ Otros como el padre Meinvielle han destacado que *la ciudad es efecto y causa de perfeccionamiento*.² Este último juicio ha sido compartido por los grandes moralistas de todos los tiempos como Platón, Plutarco, Dante o Cicerón, quien ha alabado a los fundadores de ciudades comparándolos a los dioses.³

Parece imposible que ambos tipos de opiniones puedan referirse a una misma realidad, haciéndose necesario analizar más detalladamente los componentes del hecho urbano y como el proceso de urbanización los ha ido modificando.

En torno a la caracterización de lo urbano.

Podemos intentar una precisión de los elementos que caracterizan a una ciudad. De por sí la tarea no es sencilla. Constituyendo el tema más recurrente de nuestra época, la ciudad, que ha suscitado opiniones tan dispares, atrajo la atención de distintos especialistas, cada uno de los cuales ha mostrado una faceta diferente, pero parcial, de mismo fenómeno. Así, una explicación de la ciudad debe, necesariamente, hacer referencia a múltiples dimensiones características de lo urbano. Con un fin expositivo las mismas pueden reunirse en tres grupos: una dimensión morfológica,

1- Rousseau, J.J.: *El sentimiento del ciudadano*, en : Obras completas, Buenos Aires, 1960.

2- Meinvielle, J: *De Lammennais a Maritain*, Buenos Aires, 1945.

3- Cicerón: *De Re Pública*, I, 1, C.7, 12 .

una dimensión funcional y una dimensión cultural y psicosocial.

Para algunos la ciudad es una aglomeración densa con un límite más o menos preciso y conformando *un espacio edificado, limitado por una línea envolvente que encierra a todos los edificios contiguos*,⁴ por oposición al hábitat rural o aldeano, de viviendas aisladas o esparcidas. La constante morfológica se manifiesta, así, por una concentración mínima de personas y consiguientemente de espacios adaptados, desde un centro hacia los bordes, y una estructuración concéntrica de usos de la tierra y actividades intervinculadas dentro de un ámbito físico y legal que, entre nosotros, fue conocido desde las Partidas de Alfonso el Sabio como ejido urbano.

Muchos han señalado que un elemento importante de la ciudad debía basarse en la actividad dominante desarrollada por sus habitantes. Así, Pirenne expresa que la ciudad es: *una localidad cuyos habitantes, en lugar de vivir del trabajo rural, se dedican al ejercicio del comercio y de la industria*.⁵ Es decir que, más allá de su dimensión morfológica, la ciudades muestran una peculiar caracterización funcional.

Sin embargo, ni esta última ni la caracterización física bastan para identificar a la realidad urbana que, además, debe configurar un medio apto para el desarrollo de un estilo de vida peculiar. Varios autores han insistido sobre este aspecto del modo de vida urbano al que, sin duda, la especialización funcional contribuye a formar. Así, Park señala que ese espacio edificado dentro del cual las personas se dedican a un tipo predominante de actividad económica es también *un conjunto de tradiciones, así como de las actitudes organizadas y de los sentimientos que son inherentes a dichas costumbres y que se transmiten mediante dicha tradición. En otras palabras la ciudad no es tan solo un mecanismo físico sino una construcción social*.⁶ Son numerosos los tratadistas del tema que han destacado los rasgos principales de esas actitudes conformantes de un estilo peculiar y que aquí ni siquiera podemos enumerar, en busca de una sintética definición de la ciudad.

Hacia una definición de la ciudad.

La ciudad constituye a la vez un hecho cuantitativo y morfológico, un hecho funcional y un hecho cultural y psicosocial que, en definitiva, da sentido al fenómeno de la urbanización, aunque no basta para describir la esencialidad de lo urbano, ya que al no señalar su diferencia específica, soslaya la radicalidad de ser de la ciudad. Siendo un hecho natural -en el sentido de que responde a la naturaleza del hombre- se hace evidente que su razón de ser debe encontrarse en aquellas exigencias de esa naturaleza que no son plenamente satisfechas por la familia, ni los restantes estamentos en que la tendencia social del hombre se manifiesta. Esto fue señalado por Jean Daujat al mostrar como objetivo natural de la ciudad el constituir *un centro en torno al cual las aldeas y los campos se agrupan con la finalidad de recibir de él y de encontrar en él, todo aquello que les falta para poder participar de la vida civilizada*.⁷

4- Fawcett, C.B.: *Distribution of the urban population in Great Britain*, Londres, 1932.

5- Pirenne, H.: *Medieval cities*, Princeton, 1961.

6- Park, J.: *Human communities: the city and human ecology*, Illinois, 1952.

7- Daujat, J.: *Catholicisme et Socialisme*, París, 1960.

Dentro de esta línea de razonamiento, lo que la ciudad aporta a las familias y en general, a las asociaciones de todo tipo que, en su conjunto, constituye el orden social, es el marco -tanto físico como social- en el cual es posible a los hombres alcanzar la plenitud de una vida virtuosa, entendida ésta, al modo de Santo Tomás, como objetivo de la política. Donde se concreta una posibilidad semejante, es decir, donde la vida familiar está en constante relación con el intercambio, la participación en la vida cívica no es un presupuesto teórico ni mera expresión de deseo sino forma diaria de relación social. Esto posibilita la manifestación de niveles elevados de vida pública como lo es, esencialmente, la actividad política. Hay en la ciudad -y esto constituye su principal diferencia con la metrópolis moderna- una relación equilibrada entre la vida doméstica y la vida pública. La esencia de lo urbano es, precisamente, crear una esfera pública, tanto en lo morfológico como en lo social, en relación estrecha con la vida familiar, sin que la naturaleza de ambas se desdibuje o sufra menoscabo. Cuanto más eficientes y diferenciadas son estas dos esferas y a la vez, más se respeten en lo que tienen de propio e insustituible tanto más ciudad es una urbe. La ciudad constituye así la pieza esencial del orden de la vida pública, una comunidad de hogares en la cual se localizan funciones residenciales y educativas, se atiende a la salud tanto material como espiritual de los habitantes y se desempeñan actividades de producción, consumo e intercambio, pero que en sí no constituyen sino accidentes en la vida de la ciudad y no alcanzan, consiguientemente, para definirla.

Esta razón de ser de lo urbano como realización de lo cívico hace a la ciudad sinónimo de Municipio, términos intercambiables e indisolublemente unidos desde el mismo origen entre nosotros. España, heredera directa de la civilización grecolatina concibió a la comunidad humana fundamentalmente urbana y esencialmente comunal. Es clásica la cita de Ortega donde destaca el rol de la plaza pública como espacio representativo de este hecho.⁸ La convivencia cívica, es decir, política, que genera el gobierno de la sociedad es la principal razón de ser de la ciudad y alcanza su máxima expresión en occidente. Lo que con cierta ligereza se ha llamado ciudad hitita, caldea, egipcia, etc. no es más que el palacio, casa fortaleza de un señor poderoso o de un grupo dominante, alrededor del cual se localizan viviendas, siempre precarias, de la multitud de servidores y soldados. Babilonia, considerada una de las maravillas antiguas, que asombró y escandalizó a la concepción austera del profeta hebreo⁹, con su vida activa de comerciantes, soldados, artesanos, prostitutas y sacerdotes, fue una ciudad incompleta en el sentido que la ciudad clásica encarna. La diferencia no estriba tanto en sus dimensiones morfológicas ni funcionales como en lo cívico: también en Nínive y en Tebas existía un espacio libre frente al palacio-fortaleza, o al templo del dios local, rodeado de un conjunto heterogéneo de casuchas, cuarteles, graneros y dependencias reales, diferenciándose en lo externo del espacio rural, pero la característica del uso de ese espacio por la población, es lo que señala la diferencia. El espacio urbano frente al templo o al palacio caldeo, asirio o egipcio, era un lugar vedado al pueblo, salvo cuando se requería de él como marco adecuado a la

8- Ortega y Gasset: *La rebelión de las masas*, Madrid, 1958.

9- Isaías: 13, 21; Jeremías :51, 7-9; Apocalipsis: 18; Naum: 3,1.

pompa real o sacerdotal; contrariamente, el ágora, la plaza greco-romana y desde allí hasta nuestras ciudades indianas, es el espacio común usado por los ciudadanos para todas aquellas actividades que trascienden el marco de lo individual y familiar, particularmente la actividad política. De este modo la ciudad clásica es, por su propia naturaleza, la *res publica* o, como la definiera Aristóteles *una asociación de seres iguales que aspiran en común a una existencia dichosa y fácil*.¹⁰ Así, la ciudad clásica es más que un mero lugar para habitar o la disponibilidad más o menos adecuada de servicios públicos. Esto es necesario pero no suficiente, sino que encarna el ámbito común dentro del cual es posible alcanzar la plenitud de una vida plenamente humana. La ciudad clásica es una realidad política y eso constituye su diferencia esencial con la colmena o el hormiguero. No existe así ciudad sin historia, lo que define su formidable ligazón con el pasado: *la ciudad es la terra patrum y, por lo tanto, la patria, en su seno los padres que la habitaron, familia por familia, fueron tejendo su historia*.¹¹

Esencia y cambio en la ciudad clásica.

Coincidiendo en ello con San Agustín, Santo Tomás de Aquino señala que la vida social se realiza fundamentalmente en la familia, la aldea y la ciudad, en base a una tesis ontológica: que el hombre es, para todo hombre, *naturaliter familiaris et amicus*. Más recientemente, Heidegger ha reconocido ese dato ontológico que proyecta al hombre hacia esos grupos primarios, sosteniendo que el ser hombre implica un *ser con*. Por eso, su importancia no puede limitarse a la simple naturalidad constitutiva, esto es, a su raíz ontológica, siendo tal vez su proyección deontológica la que más claramente evidencia el papel decisivo que le corresponde en la sociedad. Esta vertiente de la ciudad tradicional fué subrayada por el pensamiento griego clásico, principalmente por Platón y Aristóteles, para quienes el problema de la sociabilidad constituía, ante todo, una cuestión ético-política. Platón centra su interés en el cómo de la sociedad, a través de sus funciones y configuración, subrayando así el pluralismo social es decir, la existencia de partes sociales menores con sus funciones propias, dentro del seno mismo de la ciudad, concebida asimismo, como la concreción de la *polis*.¹² Aristóteles sigue esta línea de pensamiento, enfatizando el carácter subsidiario del hecho urbano. En la ciudad, según Aristóteles, el individuo consigue su perfeccionamiento, en su seno se alcanzan los fines de la familia¹³ y a través de ella se logran la grandeza moral, lo bueno y lo bello.¹⁴ La urbe contemporánea no necesariamente constituye un ámbito en el cual se cumplan estos cometidos, precisamente porque en ella se ha perdido el carácter deontológico propio de lo urbano. El crecimiento masivo, la centralización de decisiones que ha hecho desaparecer esas partes sociales menores integrantes de la ciudad, ha uniformado comportamientos y actitudes, transformando al ciudadano -persona integrada en sus estamentos naturales- en un individuo, es decir, alguien carente de patrimonio y li-

10- Aristóteles: *Obras Completas*, Tomo I, Libro IV, Capítulo VII, Buenos Aires, 1969.

11- Caturelli, A.: *Metafísica del habitar humano*, Buenos Aires, 1984.

12- Platón: *La República*, 376, d y 420, b, Buenos Aires, 1960.

13- Aristóteles: *Política*, I, 1, Buenos Aires, 1960.

14- Aristóteles: *Idem anterior*, IV,9.

naje que ha perdido toda ligazón con el pasado y con el sitio.

Derivado del contenido deontológico de lo urbano es preciso considerar también su historicidad teleológica, esto es, la mutabilidad de sus formas de organización y la variabilidad de los fines en aquello que no afecta a su esencia. Las ciudades se configuran históricamente de diversos modos o, al menos, deben configurarse de modo diverso si quieren hacerse presentes con eficacia en la misma historia. Ello no significa otra cosa que su participación en la historicidad esencial del hombre, que no es pura ontologicidad, aunque tampoco sea pura historicidad. Así, la ciudad ha experimentado a lo largo de los siglos el impacto de la historia y de las circunstancias, configurándose conforme a un pasado y a un presente reflejados en su aspecto físico. El núcleo esencial de lo urbano es, aunque importantísimo, sólo un aspecto de la totalidad existencial de la ciudad. El hombre, que es quien la configura y estructura, debe modelarla conforme a las circunstancias históricas, sin renunciar a lo propio constitutivo y esencial de ella. No reconocer la historicidad de la ciudad es aceptar como inevitable su decadencia o, peor aún, tomar como progreso lo que es declinación, disminución de ser. En esto se fundamenta precisamente la necesaria intervención humana para modelar la ciudad adecuada a sus circunstancias y a su esencia. Es que la exigencia de historicidad significa, en suma, un factor de perfeccionamiento y de eficacia para las ciudades sin el cual éstas terminarían siendo organismos muertos.

Esta historicidad no es mero devenir sin sentido, sino conformidad a plan: debe acomodarse en todo momento a lo esencial urbano. Sin respeto a su propia naturaleza se produciría la autodestrucción o la corrupción, con el consiguiente perjuicio de las personas y estamentos menores que la integran y de la ordenación total de la vida social.

Ciudad y representación sacral.

Más allá de una empresa cívica, la ciudad clásica representa una intermediación entre el hombre y lo sagrado, constituyendo, al decir de Alfredo Di Pietro: *una verdadera res sacra*.¹⁵ Hoy día existe una exageración racionalista con respecto a las causas determinantes de la fundación de ciudades, descuidando un trasfondo de oscuros pero poderosos ritos mágicos y religiosos que acompañan a las manifestaciones humanas desde que las mismas se conocen. Así, la ciudad no surge porque exista un excedente agrícola acumulado que permita mantener a grupos de personas no ocupadas directamente en actividades primarias, ni por el impacto de una técnica constructiva más depurada, ni menos aún, por la conjunción de condiciones geográficas favorables. Estas son, a lo sumo, el conjunto de elementos materiales que facilitan la implantación pero no constituyen causas determinantes de lo urbano. Son las ideas, los deseos e intenciones de los fundadores los que pueden aclarar el sentido de la aparición de ciudades. Por este motivo debe profundizarse en el estudio de los ritos fundacionales que siempre han estado presentes en la erección de ciudades antiguas, ya que en ellos se expresan los valores más íntimos de los constructores. Comunmente se los ejem-

15- Di Pietro, A.: *Homo Conditor* (Consideraciones sobre la fundación de ciudades en Roma), Buenos Aires, 1984.

plifica con el conocido caso fundacional de Roma, pero puede demostrarse con abundante acopio de datos que estas normas, utilizadas como dice el *Ritualis libri* de los etruscos, en *la fundación de ciudades, en la consagración de altares y templos, las leyes sagradas a que debe estar sometida la erección de las murallas y el establecimiento de las puertas, el modo de distribuir en tribus, curias y centurias...*¹⁶ constituyen un substracto común a la humanidad cuyo origen se pierde en lo más remoto de la prehistoria, pero que es substancialmente idéntico a si mismo en pueblos tan heterogéneos como la tribu africana de los Mande, los Boroboro del Mato Grosso, los Sioux de Norteamérica, los Tini de Australia y la antigua China.¹⁷ Asimismo, D. Harris (h) destacó que: *tanto las ciudades mayas como las aztecas, fueron inspiradas y gobernadas por la religión, la idea de Dios.*¹⁸

El *Ritualis libri* prescribía que la operación de construir una ciudad era obra esencial de los augures que utilizaban para ello el *Lituus*, suerte de cayado o báculo curvado. Para los etruscos, entroncándose con eso en una tradición que ya era vieja en el antiguo Egipto, la fundación de una ciudad era al mismo tiempo, un acto voluntario y religioso según el cual se establece una armonía entre la estructura urbana y la del universo creado. Se desarrollaba mediante cuatro momentos sucesivos: la *inauguratio*, la *orientatio*, la *limitatio* y por último, la *consecratio*.

En este marco se determinaba el plano urbano, cuyo centro había sido ya delimitado en el cruce del *Cardo* y del *Decumano*; a partir de allí se disponían el Foro y los principales edificios, públicos y civiles. Es que, como destaca Rykwert: *en la antigüedad se aceptaba... la idea de que todas las cosas tienen otro significado además del propio. Era algo que se daba por sobreentendido. En el caso concreto del plano de una ciudad, su trazado respondía a un esquema que incluía un minucioso ceremonial cuyas palabras y actos constituían el correspondiente modelo conceptual. La fundación de la ciudad se conmemoraba con celebraciones periódicas y se plasmasba...en monumentos cuya misma presencia física fijaba el rito en la tierra y lo conectaba con la forma material de las calles y de los edificios.*¹⁹ De hecho, los ritos de fundación de una ciudad constituían un punto referencial: así como nosotros lo hacemos a partir del nacimiento de Cristo, los romanos contaban los años ab *urbe condita*.

Incluso la elección del sitio era determinada mágicamente por la intervención del oráculo, por más que se tuvieran en cuenta las condiciones de higiene y salubridad que no bastaban por si solas. La decisión de donde levantar una ciudad, era una cuestión de tal importancia que excedía las simples posibilidades humanas. De ella dependía el destino de la nación, por eso se dejaba siempre a la elección de los dioses. El papel histórico desempeñado por el oráculo de Delfos en la fundación de ciudades ha sido destacado minuciosamente por numerosos autores.

Es que la ciudad es la casa del hombre en sociedad y como tal, participa de

16- Verrio Flaco: *De Verborum significationem*, En la versión compendiada de Festo, pp. 358 a 359, Londres, 1983.

17- Rykwert, J.: *The idea of a Town*, Princeton, 1976.

18- Harris, D.: *The Grownt of Latin American Cities*, Ohio, 1957.

19- Ref. Nota 17.

20- Ref. Nota 11.

todas las dimensiones del habitar humano. Como lo hiciera notar con propiedad Alberto Caturelli,²⁰ sólo el hombre habita, el animal se aloja. En este sentido, la casa primero y por extensión la aldea y la ciudad, son los espacios donde se vive y por tanto reciben y expresan parte del propio ser de sus habitantes. Las plazas, las calles, no son piezas intercambiables de un mecanismo automatizado sino que reflejan la historia, la vida y la muerte de los hombres, con sus alegrías, tristezas, grandezas y limitaciones.

La ciudad es el común de los hogares familiares reunidos solidariamente, dándole a éstos esa dimensión que por sí no pueden alcanzar. Expresa no sólo la dimensión corporal del hombre sino muy particularmente su espíritu, ya que el habitar se realiza en la integridad del ser humano. En el desarrollo de las instalaciones humanas permanentes encontramos una expresión de necesidades animales que es semejante a las de otras especies sociales, pero hasta los más primitivos comienzos urbanos revelan algo más que esto. Por eso, el habitar tiende a humanizar las paredes y los espacios. Hay un clima y un ambiente que impregna la vivencia espacial del hombre y que constituye propiamente la ciudad y que se expresa en la estructura urbana, pero que trasciende la mera dimensión física y le confiere su carácter distintivo que las más remotas ruinas revelan al paso de la piqueta del científico. Desde que se descubren huellas del hombre en la tierra se lo ve con un conjunto de necesidades y requerimientos que exceden lo propiamente físico e incluso intelectual. Aún antes de la construcción de ciudades, los más remotos vestigios del hombre paleolítico expresan una dimensión propiamente humana que se manifiesta en hechos estéticos, éticos y religiosos que después encontrarán sus espacios adaptados en el ámbito urbano. Las cuevas con pinturas rupestres nos hablan no sólo de la satisfacción de una necesidad de alimento y alojamiento, sino de asociación dedicada a una vida más plena, expresada por el arte como manifestación de otras dimensiones del poder humano que no se agotan en el mero acto apropiatorio del cazador y del recolector. Fué Mumford²¹ quien reveló el paralelismo de la caverna paleolítica con otros lugares consagrados como La Meca, Lourdes, Luján o Jerusalén. Así, desde su inicio, la fundación de una ciudad parece llevar aparejada la iniciación a un mundo de dimensiones sobrenaturales en el sentido más literal del término. Esto explica la necesidad del ritual vinculado a la fundación que todas las ciudades antiguas consideraron imprescindible.²² No se trataba solamente de buscar el beneplácito de los dioses para el nuevo establecimiento, sino que el mismo plano urbano y su materialización sobre el terreno, constituían el símbolo de realidades de otro orden.

La ciudad era representación, en un punto dado, del orden universal y estaba indisolublemente unida al mismo. Quedaba firmemente asentada y en armonía con el cosmos en cuyo centro había sido localizada; con razón pudo decir Plutarco de Roma *quod ab equilibrium foter posita*. No es posible entender ni el origen de la ciudad, ni la vida urbana en el pasado, ni su deformación actual, sin referencia a esta concepción.

21- Mumford, L.: *La ciudad en la historia*, Buenos Aires, 1979.

22- Nehemías: XI, 27 a 30.